
MIGRACIONES EN ÁFRICA Y DESDE ÁFRICA. EL BOOM DEMOGRÁFICO DE UN CONTINENTE ESTANCADO

CARMEN GONZÁLEZ ENRÍQUEZ

INTRODUCCIÓN

Es ya un lugar común comenzar cualquier texto sobre África recordando que es el continente más pobre del mundo. Sin embargo, no queda más remedio que seguir mencionando este hecho para recalcar que su distancia frente al resto del mundo, incluso frente a Asia o América Latina, los otros dos grandes continentes de países en desarrollo, es enorme y ha aumentado en los últimos años. Mientras que el resto de los países en desarrollo parecen incorporarse a la corriente globalizadora, encontrar sus propios nichos de mercado en ella y avanzar hacia sociedades más ricas y ordenadas, el continente africano, y especialmente al Sur del Sahara, sigue sumido en su mayor parte en el aislamiento económico, la economía agrícola de subsistencia, el Estado débil cuando no «fallido», las guerras tribales, la alta natalidad y la falta de expectativas. La migración aparece como una de las escasas respuestas individuales posibles en este marco, ya sea dentro del continente hacia las zonas más dinámicas o fuera del mismo.

Con 900 millones de habitantes en la actualidad, la cifra se duplicará en 25 años según las previsiones del Banco Mundial, mientras que no hay indicios de que pueda producirse un rápido crecimiento económico equivalente capaz de absorber a esa población. La consecuencia indudable será un aumento sustancial de la presión migratoria sobre Europa, que se canalizará en parte a través de España.

LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA AFRICANA

África se encuentra en la actualidad en la fase demográfica por la que pasó Europa en el siglo XIX, cuando las medidas higienistas, la aparición

de las vacunas y la extensión de la atención médica permitieron un descenso sustancial de la mortalidad y especialmente de la mortalidad infantil. Esta se considera la primera fase de la transición demográfica que llevó a Europa desde el modelo «natural» o antiguo (alta natalidad y alta mortalidad, poblaciones de tamaño estancado) al moderno (baja natalidad y baja mortalidad, crecimiento demográfico pequeño). Los avances higienistas y médicos que se desarrollaron en Europa en el siglo XIX llegaron a África de mano de los colonizadores en el siglo XX y han producido también allí un descenso notable de la mortalidad (adulto e infantil) aunque todavía siga siendo mucho más alta que la del resto del mundo. En particular la mortalidad infantil (niños menores de un año) se ha dividido por tres desde 1960, pasando de 150 muertes por 1.000 niños nacidos vivos a 54 en la actualidad. Pero la pobreza ha impedido a África seguir avanzando en esa ruta de la transición demográfica. Mientras que Europa, como el resto de los países desarrollados, ha disminuido sustancialmente su natalidad desde los años sesenta del siglo XX, África no lo ha hecho y mantiene una tasa de natalidad de 5,5 hijos por mujer, con el resultado de un gran crecimiento demográfico. Se trata en conjunto de una población muy joven, que mantiene pautas de matrimonio muy temprano, entre los 16 y los 19 años, con una alta fecundidad en la adolescencia. En cualquier caso, como se aprecia en la tabla I,

Tabla I. Evolución de las tasas brutas de natalidad anuales (nacidos vivos al año por cada mil habitantes), por regiones					
	1950	1970	1983	1991	2003
Magreb	47,6	46,2	41,6	35,5	25,6
Valle del Nilo	44,5	44,0	40,0	38,0	29,5
Sahel	46,0	52,3	47,3	48,3	50,3
África Extremo-occidental	46,8	48,3	47,8	46,3	41,9
Golfo de Guinea	50,0	49,4	49,3	45,6	39,0
África del Este	49,0	49,8	50,5	46,2	42,2
África central	43,0	43,5	44,0	43,8	38,5
África nordeste	47,0	49,0	45,5	50,0	43,3
África subtropical	51,6	50,6	50,4	45,3	42,2
África austral	41,0	44,8	41,0	36,3	30,0
ÁFRICA	47,0	47,5	46,2	42,9	38,2

Fuente: Banco Mundial, PNUD, UNICEF, World Population Prospects. Tomado aquí de Martín Ruiz (2007).

existen importantes diferencias internas en el continente, con las menores tasas de natalidad en el Magreb y en Sudáfrica y las mayores en el Sahel.

Las causas de esta alta tasa de natalidad son económicas y culturales. Por una parte, la ausencia de sistemas de protección social que garanticen a los individuos su mantenimiento cuando llegan a la vejez conduce a los adultos a confiar ese cuidado en sus hijos; tener más hijos se convierte en mayor garantía de futura atención y suponen además mano de obra para la economía familiar. Los hijos mantienen así el valor económico que en los países desarrollados han perdido, y la cultura tradicional africana sanciona esta dependencia de los hijos otorgando un gran valor a la descendencia. Para los hombres, la exhibición de muchos hijos es una muestra de virilidad, y para las mujeres, dependientes de los hombres, los hijos son la prueba de su valía. Por otra parte, a pesar de su notable descenso en el siglo XX, el hecho de que la mortalidad en la infancia (niños menores de cinco años) siga siendo comparativamente muy alta (138 por mil, frente al 80 por mil mundial), en buena parte como resultado de la carencia de medicinas y de agua potable, se incorpora a los cálculos familiares y se traduce en mayor fecundidad para compensar ese riesgo. Frente a eso, las campañas promovidas desde los organismos internacionales y los propios gobiernos para reducir la natalidad y extender los métodos anticonceptivos se encuentran a menudo con la desconfianza de las poblaciones, que ven en ello un intento de debilitarles y argumentan sobre el pequeño tamaño de la población africana en relación al enorme tamaño de su continente. Efectivamente, con 900 millones de habitantes y 30 millones de km² (África es más grande que EEUU, India, Europa occidental y China juntos), la densidad africana es la menor de entre todos los continentes pero eso no implica que la mayoría de los grandes territorios vacíos que caracterizan África puedan ser fuente de riqueza agrícola o de cualquier otro tipo. A estos argumentos se unen los de la Iglesia Católica contra el uso de los métodos anticonceptivos que encuentran eco en buena parte del continente. Por otro lado, en países fragmentados en grupos étnicos que compiten por el control político, existe una resistencia a dejar de crecer –o a crecer menos– por temor a que los competidores no lo hagan y acaben obteniendo ventaja demográfica. Las campañas nacionales para fomentar el acceso a los medios anticonceptivos se tropiezan además con la falta de medios y ese acceso no siempre es fácil, especialmente en las zonas rurales. Por último, la posición secundaria de la mujer, su mayor analfabetismo y la extendida violencia sexual contra ella deja poco poder en sus manos para decidir sobre el número de hijos, un ele-

mento que ha sido señalado con frecuencia por los organismos internacionales que han resaltado la importancia de escolarizar a las niñas para frenar la natalidad futura.

Las altas tasas de natalidad y la pobreza forman un círculo vicioso: los pobres tienen más hijos para asegurar su vejez y porque disfrutar de la vida afectiva y de apoyo mutuo en el seno de una familia numerosa es una de las pocas fuentes de placer que pueden permitirse, y el aumento de población que resulta de ello reduce las posibilidades económicas de todos. En el continente, son los países más pobres los que tienen mayores tasas de natalidad: Níger (8 hijos por mujer), Somalia y Uganda (7 hijos) encabezan la lista. Existe una perfecta correlación negativa entre la evolución de las tasas de natalidad y las del PIB. Sin embargo, la natalidad está ya disminuyendo, en buena parte porque la extensión del SIDA ha disminuido la promiscuidad, y en parte por el acceso a medios anticonceptivos, sobre todo en las ciudades. Como se ve en la tabla I, la mayor disminución de la natalidad se ha producido desde 1991, coincidiendo con la mayor extensión de la mortalidad por SIDA, pero sigue siendo tan alta como para sostener ese pronóstico de multiplicación por dos de la población en los próximos 25 años. En cuanto al uso de métodos anticonceptivos modernos, menos del 20% de las mujeres en edad fértil los utilizan, en comparación con el 55% en el total mundial, pero los porcentajes son muy diferentes por regiones –más alto en el Magreb, el Valle del Nilo y el África Austral, donde la natalidad es notablemente más baja– y en muchas no llega al 5%.

La epidemia de SIDA afectaba en el 2007 a unos 22 millones de africanos de entre 15 y 49 años (un 6% de los adultos de esa edad) pero se distribuye de modo muy desigual en el continente africano: su presencia es nimia en el Magreb (menos del 1%) y va aumentando al descender hacia el Sur hasta superar el 10% en los países australes (Sudáfrica, Namibia, Mozambique, Zimbabue, Zambia) y el 20% en Botswana. La promiscuidad sexual es la principal causa de la extensión de la enfermedad seguida por la transmisión materna: un 30% de las mujeres embarazadas en Sudáfrica en el 2007 portaban el virus, un 40% en Suazilandia. El alto coste del tratamiento farmacológico contra el virus ha dejado indefensos a la mayoría de los infectados y las deficiencias de los hospitales y servicios médicos públicos en general se han agudizado por la enfermedad. Si ya antes existía una fuerte tendencia a la «fuga de cerebros» de médicos y enfermeras hacia los países desarrollados, la necesidad de convivir con el SIDA sin contar con los medios de protección suficientes,

ha acelerado su huida. Para colmo, el gobierno del país más rico de la zona afectada, Sudáfrica, durante la presidencia de Thabo Mbeki se negó a aceptar la relación entre la enfermedad y la actividad sexual, a suministrar antirretrovirales y a usar los fármacos que impiden la transmisión de la enfermedad de madres a hijos. Según un estudio de la Universidad de Harvard, a consecuencia de esta política se produjeron, entre 2000 y 2005, unas 365.000 muertes por el SIDA que podían haber sido evitadas. La ministra de Salud difundió la idea de que los antirretrovirales eran dañinos para la salud y animó a consumir más ajo y remolacha par evitar la enfermedad. El nuevo gobierno surafricano, dirigido por Kgalema Motlanthe, se ha apresurado a cancelar esa política y a reconocer que fue un gran error.

En conjunto, la prevalencia del SIDA se está estabilizando e incluso en algunos casos disminuyendo ligeramente, lo cual es un avance en comparación con el continuo crecimiento de las últimas décadas. En algunos países comienzan a verse cambios en el comportamiento sexual de los jóvenes y los antirretrovirales financiados por programas internacionales llegan a cada vez más afectados, pero todavía son un escaso 10% del total, y por cada africano que inicia el tratamiento otros dos se infectan. Dos terceras partes de los portadores del virus del mundo viven en África (67%) pero el continente acumula el 75% de las muertes por su causa.

En conjunto, la población del continente africano ha crecido mucho más rápidamente que ninguna otra desde comienzos del siglo XX, pasando de 142 millones en 1920, a 200 millones en 1950 y a 900 millones en la actualidad. A pesar de la epidemia del SIDA, mantiene el mayor crecimiento demográfico del mundo, con un 2,5% anual (frente al 1,2% de América Latina y Asia), lo que sostiene el pronóstico del Banco Mundial de que su población se duplicará en el 2035.

La mayoría de las sociedades africanas no han podido acompañar el crecimiento demográfico con el económico equivalente y el resultado es un grave desequilibrio: con el 14% de la población mundial, el PNB africano es sólo el 1% del total. Los observadores han confeccionado ya una larga lista de las causas de esta pobreza, animados por el deseo de encontrar aquellos elementos sobre los que, desde el exterior, se pueda actuar para combatirla. Hay que recordar que África es el gran receptor de ayuda al desarrollo internacional pública y privada y que son innumerables los proyectos y las ONGs que intervienen en su suelo. De este esfuerzo

	1950	1970	1990	2006
Argelia	8.893	13.932	25.093	32.930
Angola	4.118	5.606	8.291	12.127
Burkina Faso	4.376	5.304	8.336	13.903
Camerún	4.888	6.727	11.779	17.341
Costa de Marfil	2.860	5.504	11.981	17.655
Egipto	21.198	33.574	56.694	78.887
Eritrea y Ethiopia	21.577	31.629	51.194	79.565
Ghana	5.297	8.789	15.399	22.410
Kenia	6.121	11.247	23.358	34.708
Madagascar	4.620	6.766	11.522	18.595
Malawi	2.817	4.489	9.287	13.014
Mali	3.688	5.569	8.084	11.717
Marruecos	9.343	15.909	24.686	33.241
Mozambique	6.250	9.304	12.656	19.687
Níger	3.271	4.841	7.945	12.525
Nigeria	31.797	51.028	88.510	131.860
Senegal	2.654	4.318	7.844	11.987
África del Sur	13.596	22.740	38.391	44.188
Sudán	8.051	13.788	26.627	41.236
Tanzania	7.935	13.807	25.138	37.445
Túnez	3.517	5.099	8.207	10.175
Uganda	5.522	9.728	17.074	28.196
Zaire	13.569	21.781	39.064	62.661
Zambia	2.553	4.252	7.942	11.502
Zimbabwe	2.853	5.515	10.153	12.237
Total África	228.181	361.703	624.540	910.850

Fuente: Angus Maddison <http://www.ggdc.net/maddison>, elaboración propia.

	Baja	Media	Alta
África	1.718	1.998	2.302
Europa	566	664	777
Mundo	7.792	9.191	10.756

Fuente: División de Población de Naciones Unidas. «Previsiones Demográficas mundiales. Revisión de 2006».

exterior surge a su vez un importante volumen de estudios sobre aspectos parciales de las sociedades africanas, especialmente las subsaharianas, de los que pueden deducirse elementos comunes que dificultan el crecimiento económico: la debilidad institucional, la corrupción, el bajo nivel educativo, la falta de integración económica regional, los conflictos étnicos, el monocultivo agrícola dirigido a la exportación o la excesiva dependencia de la explotación de materias primas, la fuga de cerebros y los desastres ecológicos que provocan grandes hambrunas. A esto muchos añaden responsabilidades europeas por las prácticas coloniales. Pero lo que los estudios no mencionan es el punto de partida, animados como están por su deseo de rápida mejoría. ¿Cuál era la situación de África anterior a la época colonial? Puesto que la mayoría de las sociedades africanas eran ágrafas, queda poca constancia de ello, excepto por lo observado por los primeros exploradores, misioneros y colonizadores. Esas observaciones muestran sociedades rurales primitivas en el África subsahariana (excepto en Sudáfrica, poblada por holandeses desde el siglo XVII y británicos desde el XIX), con un desarrollo muy escaso de las técnicas agrícolas, una organización tribal y frecuentes conflictos étnicos. Hay que recordar esto para relativizar los diagnósticos sobre la situación actual y los lamentos por la falta de avances económicos, democratizadores o en la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. La falta de perspectiva histórica conduce a muchos a imaginar que en cuestión de decenios puede, con voluntarismo e inversiones, acelerar un proceso que en las sociedades europeas, en un entorno natural más favorable, tardó siglos en producirse. Mientras tanto, la incorporación de África al mundo globalizado supone no sólo la aparición de elementos de modernización externos que aceleran el proceso, sino también de problemas nuevos, entre ellos, como ya se ha dicho, la destrucción del equilibrio demográfico anterior y su resultado de un gran crecimiento de población.

En cualquier caso, no es necesario ir muy atrás en la historia para apreciar una clara mejoría en la mayoría de los indicadores de bienestar en África: la educación se ha extendido a todos los países aunque sigan existiendo zonas donde los niños, y sobre todo las niñas, no acceden a la escuela, las epidemias han disminuido con la llegada de las vacunas, desde los años noventa se ha producido una gran extensión de la democratización y las hambrunas son menos frecuentes. El Producto Interior Bruto Africano ha crecido un 72% en las dos últimas décadas, pasando de 905.000 millones de dólares en 1990 a 1.557.000 millones en 2006, pero su efecto sobre el bienestar se ha visto amortiguado por el alto crecimiento de la población. Así la renta per capita ha aumentado en el

Tabla IV. Crecimiento comparado de la población, la producción y la renta per cápita africanas y mundiales					
	1950	1970	1990	2006	Crecimiento 2006/1950
ÁFRICA					
Población (millones)	228.181	361.703	624.540	910.850	3,9
PNB (millones de dólares)	212.653	490.102	904.898	1.557.313	7,3
Renta pc \$	890	1.355	1.449	1.710	1,9
TOTAL MUNDIAL					
Población (millones)	2.525.501	3.685.775	5.256.680	6.496.812	2,6
PNB (millones de dólares)	5.336.686	13.771.750	27.136.041	47.267.513	8,8
Renta pc \$	2.113	3.736	5.162	7.275	3,4

Fuente: Angus Maddison, <http://www.ggdc.net/maddison>, elaboración propia.

mismo periodo sólo 261 dólares (de 1.449 a 1.710), lo que supone una subida del 18%, cuatro veces menos que el crecimiento del PIB.

Como muestra la tabla IV, mientras que en el conjunto mundial la renta per capita se ha multiplicado por más de tres desde 1950, la africana lo ha hecho por menos de dos y su distancia absoluta con la renta mundial se ha casi quintuplicado, desde 1.223 dólares en 1950 a 5.565 en el 2006.

Por otra parte, hablar de África en conjunto obliga a realizar excesivas generalizaciones que no se adaptan a la diversidad interna de sus 53 países. En términos de desarrollo económico, la riqueza se concentra en los países del Norte del continente, beneficiados entre otras cosas por su cercanía a Europa y, sobre todo, en Sudáfrica, que constituye un islote de modernización en el África subsahariana, obviamente por la presencia histórica de holandeses y británicos en su territorio. En el gran espacio intermedio entre el Magreb y Sudáfrica, aparecen algunas regiones de desarrollo relacionadas con la actividad portuaria en la costa occidental, con la minería o con plantaciones tropicales especialmente rentables.

LAS MIGRACIONES INTRA Y EXTRAÁFRICANAS

África ha sido descrita a menudo como un continente en movimiento porque las grandes migraciones en tiempos modernos figuran en el origen

de muchos pueblos, como la expansión bantú desde el centro hacia el sur de África o la de los holandeses en Sudáfrica a partir del siglo XVII. La mayor parte del territorio africano carecía de estados modernos y fronteras antes de la etapa colonial y fueron las potencias exteriores las que, en acuerdos mutuos, establecieron el mapa político actual. Pero las fronteras heredadas de la colonización tienen a menudo muy poca vigencia social y menos consecuencias prácticas porque muchos Estados no tienen medios para vigilarlas, otros muchos no controlan de ninguna forma el origen nacional de los que habitan en su territorio, y algunos ni siquiera emiten pasaportes o visados. En las zonas del continente en que el pastoreo es el principal medio de vida, cruzar la frontera para buscar pastos al otro lado durante meses es práctica habitual, tradicional y tolerada. Los escasos pueblos nómadas que aún existen no encuentran tampoco dificultades para atravesar fronteras, a menudo no señalizadas. En la actualidad, con una población jovencísima de tamaño muy superior a las posibilidades de empleo o autoempleo, la migración se convierte en muchos casos en la única salida y, en la medida en que triunfa, en la principal expectativa de naciones enteras convertidas en dependientes de las remesas. Pero no sólo los pobres emigran, las élites lo hacen aún más porque tienen más medios para ello y porque sus perspectivas en caso de emigrar son mejores. Más adelante se vuelve sobre esto.

Las migraciones se dirigen hacia los países africanos en que se concentra la actividad económica y hacia Europa, América del Norte o el golfo Pérsico. Pero, hasta ahora, la migración internacional intraafricana es mayor que la exterior: unos 7 millones de africanos son inmigrantes en países de la OCDE frente a unos 17 millones en otros países africanos, aunque esta segunda cifra debe considerarse con escepticismo porque el acceso a fuentes verídicas de datos estadísticos es uno de los grandes problemas en África. Faltan censos de población y faltan datos sobre cruces de frontera, sin los cuales no pueden realizarse cálculos sobre migraciones. En muchos casos los censos disponibles son muy antiguos –trece países no han realizado ningún registro de sus poblaciones en los últimos diez años–, en otros mezclan a los inmigrantes laborales con los refugiados, y no hay estadísticas sobre inmigrantes temporales ni estimaciones sobre los irregulares, que a menudo son la mayoría. La Unión Africana está intentando resolver esta carencia proponiendo a los Estados códigos comunes de actuación en la producción de estadísticas y la creación de una oficina central para la recogida de datos sobre inmigración.

La dificultad de acceso a datos verídicos se traduce en estimaciones muy diferentes sobre el volumen de la migración africana interna y exter-

na. La Unión Africana considera que los migrantes africanos internacionales son 50 millones (más de la cuarta parte del total de migrantes estimados por la ONU), la Organización Internacional del Trabajo (OIT) habla de 20 millones, la Oficina Internacional para las Migraciones (OIM) calcula que son 16 millones y la División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU habla de 17 millones. Todas estas cifras se refieren a migrantes que viven en África y proceden de otro país ya sea africano o no. Incluso tomando como buenas las estimaciones más bajas, 16 o 17 millones, esas cifras muestran que la migración internacional dentro de África es la mayor de entre los continentes en desarrollo (América Latina, Asia y África) en relación a su población.

A estas cifras hay que añadir unos tres millones de refugiados, según calcula la División de Población de la ONU refiriéndose al 2005, 2 millones según cálculos de ACNUR referidos al 2007. También en este caso, el porcentaje de refugiados sobre la población total es el mayor del mundo, casi duplicando el de Asia, el otro gran continente afectado por guerras productoras de refugiados. El número de refugiados ha disminuido notablemente desde mediados de los noventa, cuando las matanzas en Ruanda elevaron el número hasta los 6,8 millones. Desde entonces, más de la mitad de los refugiados han vuelto a sus casas aunque a la vez nuevos conflictos, como el reciente del Congo, han seguido produciendo movimientos forzados de población. Junto a los 2 millones de refugiados existen 13 millones de desplazados internos –la diferencia entre ambas categorías es que los segundos se mantienen dentro del mismo país–, la mitad de todos los del mundo.

La salida anual de migrantes africanos hacia otros continentes ha ido creciendo de forma continua desde los años sesenta hasta llegar a 140.000 salidas en el año 2001. Los principales países origen de emigrantes son, en términos absolutos, Nigeria, Sudáfrica –emigración blanca hacia Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y otros–, Ghana, Somalia, Etiopía y Senegal. La inmigración procedente de Somalia y Senegal se orienta básicamente hacia Europa, mientras que los etíopes se dirigen a EEUU y los nigerianos o ghaneses se dividen a partes semejantes entre los dos destinos. Pero existe una clara diferencia de clase y de estatus legal entre los que eligen Europa (con la excepción del Reino Unido) y los que se dirigen a EEUU: los más cualificados, los universitarios, emigran de forma legal a América, donde la llegada irregular es casi imposible desde África, y los menos cualificados se dirigen irregularmente a Europa a través de España o Italia, llegando por mar (esto no se aplica, obviamente, a

los que llegan como reagrupados familiares). El tercer destino en importancia es el formado por los países petroleros del Golfo, cuya mano de obra, cualificada o descualificada, es en su mayoría inmigrante, hasta llegar al 90% del total en el caso de Kuwait. A estos países se dirige casi exclusivamente población musulmana, básicamente egipcios, palestinos, libaneses, sirios, filipinos, malasios o indonesios, pero no existen datos fiables desglosados para los africanos.

Los datos sobre migraciones africanas a los países de la OCDE, estimadas en conjunto en unos siete millones de personas, son recogidos en estos países y su nivel de fiabilidad es el habitual para cualquier estadística sobre migraciones en el primer mundo, pero, como ya se ha dicho, las corrientes migratorias internacionales internas en el continente están mucho peor registradas.

A continuación se detallan algunas características que definen las migraciones actuales africanas, tanto internas al continente como externas:

La diversificación de los destinos

Tradicionalmente las migraciones africanas se han dirigido hacia los países vecinos o hacia las antiguas metrópolis coloniales, con las que existen lazos culturales –el idioma– y a menudo condiciones de acogida más favorables. Así, por ejemplo, la inmigración africana llegada a Portugal procede básicamente de sus antiguas colonias (Mozambique y Angola), la que llega a Francia viene de Argelia, Marruecos y la zona subsahariana francófona y la que se dirige al Reino Unido proviene en su mayor parte de Kenia. Pero en los últimos años se produce más migración intraafricana a países lejanos, como de senegaleses y malienses a Sudáfrica, o extraafricana a los EEUU y los países del golfo pérsico. Muchos musulmanes en el África subsahariana están emigrando a los países árabes del norte, sobre todo Libia y Marruecos, donde se enfrentan con el menosprecio históricamente dispensado por los árabes a los negros africanos. En el caso de Marruecos buena parte de esa emigración tenía originalmente Europa por destino pero acabó asentándose ante la cada vez mayor dificultad de atravesar el Estrecho sin ser detectado. En el de Libia, en su territorio se concentra tanto una emigración que intenta «dar el salto» a Italia, como otra permanente que acude a Libia para trabajar en todo tipo de ocupaciones (Libia, como las monarquías petroleras del Golfo, importa mano de obra). Pero la migración a Europa en África subsahariana sigue siendo muy minoritaria: del conjun-

to de los subsaharianos que viven fuera de su país, sólo el 1,5% lo hace en la Unión Europea.

Migración comercial

Existe una tendencia creciente a la emigración de pequeños empresarios y comerciantes, sobre todo en el sector informal. Una gran parte de los que emigran de países de África occidental son de este tipo, especialmente los procedentes de Senegal y Mali. Inicialmente esta emigración se dirigió a Zambia pero, cuando su economía colapsó en los noventa, se dirigió a Sudáfrica en los años inmediatamente posteriores al final del apartheid en 1992, intentado aprovechar su mercado local, relativamente próspero en comparación con la media del continente. Se trata de vendedores callejeros y/o importadores de objetos de artesanía tradicional africana y muchos de ellos contratan mano de obra local, reforzando el sector informal en Sudáfrica. Más recientemente, desde finales de los noventa, este tipo de comerciantes informales, se han dirigido hacia Europa del Sur (Italia, Portugal, España) y del centro (Bélgica, Alemania), pero la creciente eficacia europea en la lucha contra la inmigración irregular les ha llevado a buscar destinos más fáciles en América latina. En el interior de África, esta emigración comercial es básicamente femenina, mientras que la exterior es masculina.

Migración femenina independiente

La migración era tradicionalmente masculina en África, como todavía lo es la mayoría de la que se dirige fuera del continente, pero en las últimas décadas se ha feminizado de modo significativo y ya no es raro que sean los hombres los que se quedan en casa cuidando a los hijos. Gran parte de estas emigrantes son mujeres comerciantes, profesionales, enfermeras y doctoras, o estudiantes. Nigerianas y ghanesas trabajan en el sector sanitario en Arabia Saudí o en el Reino Unido, y las mujeres de clase alta nigerianas estudian en EEUU o el Reino Unido, ante la virtual desaparición de su sistema universitario propio.

Migración de profesionales y fuga de cerebros

De los cuatro millones de subsaharianos que viven en países de la OCDE, unos 100.000 son profesionales con un título universitario. En el

caso de los emigrantes procedentes de Nigeria y Zambia, más de la mitad pertenecen a ese segmento de mayor cualificación. Médicos y enfermeras forman una pequeña porción del total, pero su salida del país está impactando muy negativamente en sus sistemas de salud. En Ghana, por ejemplo, el 60% de los médicos que se formaron en los años ochenta han emigrado y en Zimbabue, tras el colapso de su economía por la deriva anti-blanca y autoritaria de Robert Mugabe, tres cuartas partes de sus médicos se han ido a Sudáfrica o Botswana. A su vez, los médicos y enfermeras blancos de Sudáfrica emigran al Reino Unido, Australia, Canadá o EEUU.

Según un informe de las Naciones Unidas, de 2005, África necesitará en la próxima década preparar un millón más de médicos y enfermeras y encontrar fórmulas para impedir que emigren, a la vez que culpa a los países del Norte por esta sangría de profesionales sanitarios. El informe señala, por ejemplo, que hay más médicos de Malawi en Manchester que en su país, mientras que 550 de los 600 médicos educados en Zambia entre 1978 y 1999 han emigrado al extranjero. Por su parte, la Oficina Internacional para las Migraciones (OIM) informa que hay más doctores etíopes ejerciendo en Chicago que en su país y que Ghana ha perdido al 50% de sus médicos. En Europa, el Reino Unido es el gran empleador de personal médico africano: unos 13.000 médicos y 16.000 enfermeras africanos trabajan en el país.

En conjunto, incluyendo a los demás profesionales, como ingenieros y técnicos, se calcula que unos 23.000 licenciados emigran fuera del África subsahariana cada año y que unos 40.000 africanos con títulos de posgrado viven fuera. Esta «fuga de cerebros» implica indudablemente un despilfarro de los escasos recursos africanos, aunque, por otra parte, puede incentivar la formación universitaria de los que tienen medios para acceder a ella. Es probable que, sin la oferta laboral que brinda el exterior, muchos de los que deciden estudiar ingeniería, medicina o enfermería simplemente no lo hicieran. Esto se aplica claramente a los médicos y enfermeros en los países con altas tasas de SIDA e insuficientes recursos para defender a la profesión médica del contagio.

La hospitalidad decreciente

Como ocurría en muchas sociedades tradicionales, las africanas eran y son todavía hospitalarias, pero en los últimos veinte años se ha producido un endurecimiento de las condiciones de acogida a inmigrantes y refugiados en todo el continente. Sus hitos más importantes son la expulsión en Nigeria en 1983 de dos millones de inmigrantes, la mayoría de

Ghana, la expulsión de Tanzania en 1996 de casi medio millón de refugiados ruandeses y la de Costa de Marfil de 350.000 inmigrantes burkineses en el 2002. En general puede decirse que se está produciendo una «nacionalización» de los Estados y las sociedades que cada vez tienden más a considerar como ajenos a los extranjeros y a excluirlos de su territorio. La extensión en los años noventa de las prácticas democráticas en el continente y de las elecciones libres han tenido como efecto colateral el temor de los partidos a que la inmigración modifique los resultados electorales y altere los equilibrios étnicos que se expresan en votos. El mayor peso de la opinión pública sobre la vida política, resultado también de la extensión de las prácticas democráticas, hace a los gobernantes más sensibles a las quejas de los ciudadanos que sufren algunas consecuencias negativas de la inmigración o del gasto estatal en los refugiados y, a la vez, crea una tentación hacia la demagogia xenófoba para la captación de votos.

LAS GRANDES ÁREAS DE MIGRACIONES INTERNACIONALES INTRAAFRICANAS

El Norte de África y el Sahara

La llamada crisis del petróleo de 1973 fue el inicio de un importante crecimiento económico en los países extractores de crudo, como Libia, a la vez que el fin del periodo de reclutamiento de trabajadores del norte de África en Europa central. La combinación de ambos procesos produjo en este área intensa migración trans-sahariana que se inició en los setenta, cuando antiguos nómadas, como los tuaregs, y comerciantes que tradicionalmente atravesaban el Sahara, se dirigieron a trabajar en la construcción y las explotaciones petrolíferas o de gas en el Sur de Argelia y Libia, en regiones despobladas. También en los años setenta y ochenta, los conflictos armados en la zona del Sahel provocaron la llegada de miles de refugiados que se asentaron en Libia, Argelia, Mauritania y Egipto.

El aislamiento internacional de Libia entre 1992 y 2000 a raíz del embargo impuesto por la ONU tras el atentado de Lockerbie, condujo al país a una búsqueda de nuevos aliados en el África negra y a la atracción de mano de obra de varios de estos países, sobre todo del Cuerno de África y de África occidental (Sudán, Chad, Ghana, Níger). En el año 2000, sobre una población total de 5,5 millones de personas, alrededor de un millón eran inmigrantes egipcios, medio millón de Chad y otro medio millón de Sudán. Pero los migrantes negros, aunque de religión musulma-

na, tenían una práctica religiosa menos estricta que la de los libios y pronto aparecieron tensiones de convivencia. Se les acusaba de fomentar el tráfico y el consumo de drogas y la prostitución y de transmitir el SIDA, hasta que en septiembre del año 2000 se produjeron ataques contra los inmigrantes negros que se saldaron con unos 130 muertos, en un episodio que pasó desapercibido para la mayor parte de la prensa internacional. A raíz de este *pogrom*, los países africanos negros retiraron a muchos de sus emigrantes (el gobierno de Ghana fletó aviones para repatriarlos) y el gobierno libio introdujo nuevas restricciones a la inmigración, junto con arbitrarias detenciones y expulsiones de decenas de miles de inmigrantes.

En los años ochenta Libia y Argelia recibieron también inmigrantes de Egipto y del resto de los países del Magreb, mientras que Egipto enviaba igualmente emigrantes hacia las monarquías petroleras del golfo. Pero el estatuto de los inmigrantes en estos países ha sido siempre de extrema vulnerabilidad, muy lejos de los derechos de que gozan en las democracias europeas o anglosajonas, se los ha utilizado a menudo como moneda de cambio en las relaciones internacionales y han sido objeto de expulsiones masivas motivadas por enfrentamientos diplomáticos.

En la actualidad, se estima que el número de subsaharianos viviendo en el norte de África ronda los cinco millones, de ellos entre un millón y un millón y medio en Libia. El mayor grupo es el formado por los sudaneses en Egipto (entre dos y cuatro millones). También Mauritania y Argelia (unos cien mil en cada caso) y, en menor medida, Túnez y Marruecos, acogen inmigrantes subsaharianos.

África oriental y el Cuerno de África

Tradicionalmente en esta zona se ha practicado una migración circular (es decir, repetida y no permanente) sobre todo por parte de los pastores con sus rebaños. Durante la época colonial comenzó una inmigración laboral asalariada para trabajar en las plantaciones de algodón y café en Uganda, en las explotaciones mineras del Congo o Uganda, y en la zona bajo dominio británico se permitió la continuidad del libre pastoreo transfronterizo entre Kenia, Uganda y Tanzania. Tras la independencia esa libertad se mantuvo, garantizada por la *East African Community* que recientemente ha instaurado un pasaporte común para los nacionales de los estados miembros.

Pero la mayor parte de los movimientos de población en la zona se deben en tiempos recientes a los conflictos armados. La mitad de los refu-

giados del continente se producen aquí y durante los últimos cuarenta años –es decir, desde el final del colonialismo– la zona ha estado continuamente asolada por los conflictos étnicos, con la única excepción de Kenia y Tanzania. Los refugiados en algunos casos son intercambiados (sudaneses en Etiopía, etíopes en Sudán) y en otros tienen que huir del país que los ha refugiado porque éste a su vez se ve envuelto en una guerra interna o internacional.

A pesar de los gastos que supone la atención a los refugiados, los Estados de la zona los han acogido sin reticencias hasta mediados de los años noventa cuando Tanzania, en 1996, expulsó de su suelo a los refugiados ruandeses. Desde entonces, el clima hacia los refugiados y demandantes de asilo ha empeorado, los Estados son ahora más reacios a aceptarlos, el espíritu panafricanista parece en decadencia y abandonar un país en conflicto se ha hecho más difícil. En consecuencia, ha disminuido el número de refugiados en el área (de 2.430.000 en 1995 a 1.387.000 en el 2005), sin que hayan disminuido los conflictos, y ha aumentado el de desplazados internos. Sólo en Sudán a finales del 2005 había unos 5 millones de desplazados internos y casi dos millones en Uganda.

Es difícil distinguir en la zona entre refugiados e inmigrantes laborales porque los Estados tienden a clasificar a todos como refugiados y porque el difícil acceso a zonas en conflicto hace imposible conocer su situación demográfica. Por otra parte, como se ha dicho, los registros estadísticos son escasos y antiguos: en Kenia, por ejemplo, uno de los países más desarrollados en el África subsahariana, el último censo es de 1989.

África Occidental

Si excluimos el Magreb, ésta es la región africana con más movilidad tanto hacia otros continentes como hacia otras regiones africanas y es a su vez, tras el Magreb, la región que más inmigrantes africanos acoge (un 2,7% de su población en el 2000 eran inmigrantes). En su seno los migrantes se trasladan del interior hacia la costa, desde la zona del Sahel (Mali, Burkina Faso, Niger y Chad) hacia las plantaciones de la cuenca del río Senegal, y hacia las minas y ciudades de la costa (Costa de Marfil, Liberia, Ghana, Nigeria, oeste de Senegal y de Gambia). Como ocurrió en Libia tras la subida de los precios del petróleo en 1973, Nigeria, potencia petrolera, se convirtió en los setenta y primeros ochenta en un punto

importante de atracción de inmigrantes africanos. Pero la bajada del precio del crudo y de la producción a partir de 1983, junto con una política económica poco adecuada, produjeron en los ochenta una crisis y expulsión de unos dos millones de inmigrantes, la mitad de ellos ghaneses, y Nigeria pasó de recibir inmigrantes a convertirse en país de emigración.

La formación de la *Economic Community of West Africa* (ECOWAS) en 1975 facilitó las migraciones internas en la zona al declarar la libertad de movimientos entre los países miembros pero las prácticas contradicen a menudo esa libertad, bien por la corrupción policial o por la voluntad de los gobiernos, como ocurrió en la mencionada expulsión de inmigrantes desde Nigeria en los ochenta. Desde los noventa se produjo un claro empeoramiento de la situación económica y política en el área con varias guerras civiles en Sierra Leona, Liberia, Guinea y Costa de Marfil, que causaron más de un millón de refugiados o desplazados.

En la actualidad, los inmigrantes se concentran en los puertos industriales, en las plantaciones de cacao y café de Ghana y Costa de Marfil, en la agricultura de la cuenca del río Senegal y en las nuevas zonas de regadío que en los últimos años han logrado convertir en agrícolas 24 millones de hectáreas, gracias a importantes obras de infraestructura y la llegada de población nueva. Senegal se ha constituido a su vez en el principal país de migración de tránsito hacia Europa, no sólo de otros africanos sino también de asiáticos.

África del Sur

En esta región existen dos polos de atracción de inmigración, Sudáfrica y Namibia, y cuatro países netamente emigrantes, Zimbabue, Mozambique, Lesoto y Malawi, mientras que el resto es tanto emisor como receptor. Sudáfrica es la gran potencia económica de África y desde los años de las sanciones económicas internacionales contra el apartheid, en los ochenta, está experimentando una continua pérdida de población blanca cualificada que se ha intensificado en los noventa tras el fin del apartheid. Alrededor de un millón de surafricanos blancos han abandonado el país desde 1994, cuando el Congreso Nacional Africano ganó las primeras elecciones con sufragio universal. Los huecos que estos blancos están dejando en su emigración hacia el Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda o EEUU, fueron en parte cubiertos en los años noventa por europeos del Este (húngaros, polacos, alemanes de la antigua RDA) pero el

gobierno del Congreso Nacional Africano restringió esa inmigración blanca que percibía como contraria a los intereses negros en el país, y ahora estos puestos son ocupados en buena parte por universitarios procedentes de África Occidental, básicamente Nigeria y Ghana, y por comerciantes que llegan desde Senegal y Malí. De esta forma, la fuga de cerebros que sufre Sudáfrica ha producido a su vez una fuga de cerebros en otros países africanos. Los países más pobres de la zona, como Malawi y Zambia, han tenido problemas desde la independencia para retener a sus profesionales en los servicios públicos, especialmente como ya se ha dicho en el sector sanitario, por la demanda de estos profesionales en el Reino Unido.

Junto a éstos, se produce una inmigración descualificada mucho más numerosa que llega de los países vecinos del nordeste tradicionalmente más pobres o huyendo de la destrucción económica producida por el régimen de Mugabe en Zimbabue –se calcula que unos 3.000 zimbabuenses entran cada día en Sudáfrica–. Las cifras totales que se manejan respecto a la inmigración en Sudáfrica son muy diversas ya que gran parte de la inmigración es irregular, desde 1.300.000 inmigrantes que calcula la ONU hasta los 8 o 10 millones que estiman otras fuentes. Pero, sea cual sea la realidad, la población negra surafricana ha comenzado a reaccionar con rechazo ante esa inmigración, a la que acusa de empeorar su situación económica. Con un 23% de paro y la mitad de la población viviendo bajo la línea oficial de pobreza, la nueva Sudáfrica post-apartheid se ha encontrado en la necesidad de defender su relativamente buena situación –al menos en cuanto a infraestructuras y servicios– frente al deseo de otros africanos de compartir su bienestar. Su intención de reducir la inmigración descualificada se enfrenta a grandes dificultades: una frontera de más de 3.000 kilómetros muy poco poblada y mal vigilada y la existencia de una segunda economía floreciente entre la población negra. En mayo de 2008 el malestar por esta inmigración cuajó en dos semanas de violentos enfrentamientos que se saldaron con 50 personas muertas, 200 heridas por quemaduras y 25.000 desplazadas, la mayoría de ellas inmigrantes de Zimbabue.

En cuanto a los refugiados, aunque en la actualidad la mayoría ha regresado ya a sus países, fueron en años anteriores muy numerosos en la zona, como consecuencia primero de las guerras de liberación y luego de las guerras civiles. A finales de los ochenta, vivían en Malawi un millón de refugiados del vecino Mozambique, y a principios de este decenio Zambia acogía a unos 200.000 refugiados angoleños. En épocas anterio-

res los que ahora huyen de la miseria y la persecución política en Zimbabue habrían sido acogidos como refugiados por los países vecinos. En la actualidad, la aceptación de los extranjeros ha disminuido en África del Sur, como en el resto del continente, y los que podrían haber sido aceptados como refugiados se convierten en inmigrantes irregulares.

MIGRACIONES AFRICANAS A EUROPA Y LA RESPUESTA EUROPEA

Desde los años sesenta, la inmensa mayoría de los migrantes africanos que se trasladan a Europa provienen del Magreb (Marruecos, Argelia y Túnez) y en la actualidad al menos viven en Europa 2,6 millones de marroquíes, 1,2 de argelinos y setecientos mil tunecinos (incluyendo aquí a las segundas generaciones). Las restricciones a la inmigración que se implantaron en Europa tras la crisis del petróleo de 1973 no consiguieron disminuir las cifras totales de inmigrantes sino que, al contrario, animaron al asentamiento permanente de los que ya estaban y a la reagrupación familiar hacia Francia, Holanda, Bélgica y Alemania. Hay que recordar que la franja del Mediterráneo que separa el sur de Europa del norte de África, constituye la frontera con mayor desigualdad del mundo. La diferencia de renta per capita entre Marruecos y España, por ejemplo, es de 1 a 13, es decir, la renta media española equivale a 13 veces la marroquí, mientras que en la otra gran frontera migratoria entre el primer y el segundo mundo, la que separa México de EEUU, la relación es sólo de 1 a 5.

Desde finales de los años ochenta, el crecimiento económico experimentado en el Sur de Europa y el incremento en su nivel educativo dejaron huecos importantes en el mercado de trabajo de varios sectores económicos, en puestos de baja cualificación, que comenzaron a ser ocupados por inmigrantes magrebíes, en gran parte como inmigración irregular. Desde que Italia y España exigieron visado a los magrebíes a principios de los noventa, cientos de miles han intentado cruzar el Mediterráneo en pateras, lanchas motoras, escondidos en los bajos de camiones o con papeles falsos. Ya en la presente década un número creciente de subsaharianos se ha sumado al intento de cruce ilegal, llegando desde el Magreb a Italia o a España o desde África occidental hacia Canarias.

Estas migraciones trans-saharianas con destino a Europa incorporan a individuos procedentes de muchos países de África occidental, central o del Cuerno de África, a los que incluso se han unido migrantes procedentes de China, India, Paquistán o Bangladésh, que vuelan a Accra o

Bamako y desde allí se suman al intento de «salto» a Europa. Se estima entre 60.000 y 120.000 el número de subsaharianos que entran anualmente en el Magreb con la intención de pasar a Europa y muchos de ellos acaban quedándose, como segunda opción, en Libia, Argelia o Marruecos. Como se ha dicho, al menos 100.000 emigrantes subsaharianos viven ahora en Mauritania y Argelia, entre un millón y millón y medio en Libia y varias decenas de miles en Marruecos y Túnez. En todos estos países su situación legal es muy débil y encuentran trabajos en la construcción, la pesca, el comercio, el servicio doméstico o la agricultura, generalmente de forma irregular. Los inmigrantes subsaharianos que llegan a Europa no proceden de las capas más pobres de sus países, sino de las medias, las únicas con los recursos económicos suficientes para pagar a las redes que organizan el viaje que a menudo dura semanas, cruzando varios países en diferentes medios de transporte.

Los Estados europeos han reaccionado desde los años noventa con medidas restrictivas ante la atracción que sus sociedades representan para la migración africana. Junto a medidas legales, como la aprobación de sanciones específicas contra los responsables de las redes de inmigración irregular, y administrativas, como la creación de los centros de internamiento para inmigrantes, España e Italia, los dos países más afectados por su cercanía a la costa africana, han reforzado su control fronterizo y han presionado a la Unión Europea para que se implique en la tarea de vigilancia y prevención en el Mediterráneo. En el caso español, la construcción de las verjas que rodean a Ceuta y Melilla son consecuencia reciente de esa presión migratoria subsahariana (los marroquíes de las zonas circundantes entran en ellas libremente con un documento especial). El sistema SIVE (Sistema Integrado de Vigilancia Exterior) gestionado por la Guardia Civil, que España empezó aplicando en la zona del Estrecho, fue diseñado inicialmente para detectar la llegada de lanchas con alijos de drogas pero pasó en poco tiempo a dedicarse casi enteramente a las barcas de inmigrantes irregulares. El sistema es completamente eficaz en su capacidad de detectar, de día o de noche, las embarcaciones que se acercan a la costa, y ha sido la causa de que la inmigración irregular marroquí a España prácticamente haya desaparecido, al menos por esta vía. Para ello no ha bastado con el SIVE: ha sido necesario que Marruecos aceptara la devolución de sus nacionales primero, y de los subsaharianos después. Durante muchos años Marruecos se negó a esto segundo, incumpliendo claramente los términos del acuerdo de inmigración firmado entre ambos países en 1992, alegando que no existía constancia de que los subsaharianos llegados a las costas de Cádiz en

patera procedieran de su costa. La situación no mejoró claramente hasta el año 2004 en el que las presiones de la Unión Europea, con quien el reino alauita se ha propuesto estrechar relaciones, consiguieron que Marruecos no sólo aceptara sistemáticamente a esos subsaharianos sino que colaborara en la vigilancia de su costa para evitar su salida. En consecuencia, los subsaharianos se trasladaron más al Sur, hacia la costa del Sahara y mauritana para pasar a Canarias, o más al Este, hacia Libia para pasar a Italia, que ese año se quejó ante España de un aumento de la inmigración irregular que llegaba a sus costas a resultas del mayor control sobre el paso del Estrecho. Cuando España consiguió en 2005 la colaboración de Mauritania en la prevención de la inmigración irregular, los inmigrantes se trasladaron más al Sur y los barcos comenzaron a llegar desde Senegal.

El SIVE se desplegó también en Canarias y de nuevo aquí demostró gran eficacia en la detección de las embarcaciones, pero resultó ineficaz para reducir la inmigración irregular que llegaba desde países con los que España no tenía acuerdos de repatriación. Durante los años 2004 a 2006, los más importantes en cuanto a la llegada de cayucos, los barcos con subsaharianos contaban con ser detectados y atendidos por los servicios de la Guardia Civil y la Cruz Roja, alojados en los centros temporales y finalmente trasladados en avión a la Península ante la imposibilidad legal de devolverlos y la saturación de los centros de acogida canarios. Ya en la península, los inmigrantes eran finalmente dejados en libertad con una orden de expulsión, tras los cuarenta días de internamiento que prevé la Ley de Extranjería (ahora en revisión).

La llegada en el verano del 2006 de unos 25.000 irregulares subsaharianos a las islas Canarias, con un considerable efecto mediático, provocó una rápida movilización de la diplomacia española en los países remitentes que obtuvo la firma de acuerdos de diferentes tipos con varios de los países –Cabo Verde, Malí, Guinea Conakry, Guinea Bissau y Nigeria– y la colaboración de otros Estados de la región, con el resultado de un notable descenso de la llegada de inmigrantes irregulares desde África. En cualquier caso, el flujo de inmigrantes irregulares africanos que llega a Europa es muy pequeño en comparación con el que llega de otras procedencias por los aeropuertos o por tierra como falsos turistas (en España los africanos son menos del 10% de todos los irregulares que llegan cada año). Sin embargo, la inmigración irregular subsahariana concentra una parte desproporcionada de los esfuerzos de los Estados europeos del Sur contra la inmigración irregular y ello por tres razones: por la mayor visibilidad y dramatismo de su llegada, por el potencial migratorio

Tabla V. Nivel educativo de los residentes en España según origen

	UE-14	Autóctonos	Resto de Europa	Africanos	Latinoamericanos
Primaria o menos	31	49	32	67	41
Secundaria	35	21	45	20	36
Universitaria	29	14	15	6	12
N.C	5	16	8	6	11
Total	100	100	100	100	100

Fuente: EPA, 4.º trimestre 2007, elaboración propia

Nota: UE-14 incluye los países de la UE anteriores a la ampliación del 2004, menos España.

africano y por la menor adaptabilidad de estos inmigrantes a los mercados de trabajo europeos. Como ya se ha dicho, el grueso de la inmigración africana que llega a Europa es descualificada y su nivel educativo es mucho más bajo que el de los procedentes de cualquier otra parte del mundo. Este hecho deja poco margen para su inserción laboral estable y los convierte en candidatos probables a la asistencia social, mientras que los inmigrantes irregulares procedentes de América Latina, Asia o Europa del Este, con mayor cualificación, encuentran una gama mayor de empleos posibles. Esta diferente cualificación puede verse en la tabla V referida a España.

Italia consiguió también en 2004 que Libia aceptara por primera vez la repatriación de inmigrantes irregulares llegados desde ella. A cambio, la UE aceptó levantar el embargo de armas que durante 18 años había impuesto a Libia. Sin embargo, Italia no ha conseguido aún una colaboración efectiva libia en la prevención de la salida de pateras, pese a que ha aceptado el pago de fuertes compensaciones económicas por los abusos cometidos allí en el periodo colonial. De hecho la inmigración africana ilegal a Italia ha aumentado a la vez que disminuía la que llega a España: en el 2008 llegaron a Italia 21.000 irregulares por esta vía, un 55% más que los llegados en el 2007, mientras que en España han disminuido: en el 2007 llegaron la mitad que en el 2006 (18.000 y 39.000 respectivamente) y en el 2008 se han reducido en otro 30% (13.000).

Por otra parte, la eficacia de las medidas tomadas por España se ha traducido en un aumento de la llegada de inmigrantes que son más difícilmente retornables, como mujeres embarazadas o menores no acompañados, especialmente protegidos por las normas, y se han abierto nuevas rutas aún mal vigiladas, como la llegada desde Argelia a la costa levantina española (Murcia), desde Túnez a Cerdeña o desde Libia a Creta.

Tanto España como Italia han intentado «externalizar» los controles hacia los países del Magreb y han presionado a la Unión Europea para que ésta condicionara su política hacia la orilla meridional del Mediterráneo a la colaboración de estos países en el control de sus fronteras. La presión europea ha sido eficaz en el caso marroquí pero su resultado es más dudoso en el de Libia. La Comisión Europea ha llegado a proponer la creación en el norte de África de centros de estancia temporal para demandantes de asilo, financiados con dinero europeo, pero las protestas de ONGs defensoras de los derechos humanos han frustrado el proyecto. La experiencia de la actuación marroquí en la crisis del 2005, cuando cientos de subsaharianos intentaron saltar las verjas de Ceuta y Melilla, deja poco lugar a dudas sobre la consideración que merecen los derechos de los inmigrantes irregulares en el Magreb: cuando el gobierno marroquí intervino para expulsar a los subsaharianos que fueron rechazados por las fuerzas españolas en Ceuta y Melilla, fletó autobuses que los dejaron en medio del desierto en la frontera con Argelia. Tras las protestas internacionales, el gobierno volvió a recogerlos y trasladarlos a ciudades, y los medios de comunicación no han vuelto a informar sobre su destino posterior.

La creación en el 2004 de FRONTEX (Agencia Europea para la Gestión de la Cooperación Operativa en las Fronteras Exteriores de los Estados Miembros de la UE) es otro logro de los Estados del Sur, aunque sus realizaciones son por ahora modestas, como lo es, en general, la colaboración efectiva de navíos europeos en la vigilancia de la costa occidental africana para evitar la inmigración irregular. FRONTEX es también activa en la vigilancia marítima entre Italia, Grecia, Malta, la isla italiana de Lampedusa y las costas de Túnez y Libia.

La Unión Europea intenta construir en el Norte de África un círculo virtuoso semejante al que consiguió levantar en los años noventa en los países de Europa del Este candidatos a la ampliación, para extender su modelo de modernización, democratización y economía de mercado. Los Acuerdos de Asociación Euromediterráneos (EMAA), firmados por todos los países del norte de África excepto Libia, son el principal instrumento en esta relación, y conducirán a una zona de libre comercio en pocos años, mientras que los fondos europeos de ayuda a la transición se canalizan a través de los MEDA (Mesures d'Accompagnement). Pero, a diferencia de Europa del Este, en el caso del Norte de África buena parte de estos fondos tienen por objetivo reducir la inmigración mediante el desarrollo de las economías rurales o su concesión está, formal o informalmente, condicionada a la colaboración en la prevención de la inmigración irregular de tránsito.

Por otra parte, en su intento de disminuir la presión migratoria africana, la UE ha apostado por el llamado «enfoque global» que pretende acudir a las causas y combatir la pobreza que provoca migración. Pero en esta vía Europa encuentra graves dificultades provenientes de las debilidades y las corrupciones de los Estados africanos, y de la propia enormidad de la tarea. Hay dudas fundadas, además, de que esta vía, incluso si tuviera éxito y lograra aumentar de forma significativa el nivel de vida de los países principales emisores de emigrantes hacia el primer mundo, condujera realmente a una disminución de la emigración. De la misma forma que no son los más pobres en África los que emigran, tampoco son los países más pobres en el mundo los que lo hacen. Los principales países emisores de migrantes son los que se encuentran en un estadio intermedio, como México o Turquía, por lo que aumentar el nivel de vida de los países muy pobres producirá probablemente un aumento y no un descenso de su migración.

PERSPECTIVAS

La alta natalidad africana y sobre todo subsahariana obliga a predecir un alto crecimiento demográfico en los próximos años, que se traducirá en una pesada carga sobre los sistemas ecológicos, y causará un aumento de la población joven en edad laboral que no encontrará empleo suficiente en sus países, lo que debería convertir el control de la natalidad en una de las prioridades de sus Estados y de los organismos internacionales que promueven el desarrollo. Sin embargo, la reducción de la natalidad no figura entre los «Objetivos del Milenio» de la ONU para África ni ocupa un lugar importante en las estrategias para reducir la pobreza o promover el desarrollo por parte de la mayoría de los Estados africanos. De hecho, la ONU ni siquiera menciona la alta natalidad en África como un problema, respetando la especial sensibilidad africana hacia el tema. El Banco Mundial, sin embargo, más independiente de las influencias políticas nacionales africanas, sí considera la reducción de la natalidad como uno de los principales objetivos en África.

La economía africana se introdujo en la globalización en una débil posición, dependiente de la exportación de productos agrícolas o de materias primas, sin haber previamente desarrollado ni mercados internos, ni Estados solventes ni infraestructuras que cohesionasen sus a menudo inmensos y despoblados territorios. En esa posición secundaria sigue África, afectada además por el proteccionismo del mercado agrícola de EEUU

o Europa, y agravada ahora por la crisis financiera y de la economía real en el primer mundo, que se ha traducido de inmediato en una disminución de las ayudas y de la demanda de algunas materias primas. En este marco, es previsible un aumento de la presión migratoria extraafricana por la saturación de las posibilidades de migración dentro del continente. Respecto a los posibles destinos fuera de África, es poco probable que aparezcan otros nuevos diferentes a los tres actuales: los países del golfo, EEUU y Europa. De estos tres, Europa será sin duda el más afectado. EEUU está demasiado lejos de África y desde ella sólo es posible la llegada en avión, lo que le permite un fuerte control sobre la inmigración africana. Los países petroleros del golfo, por su parte, se caracterizan por su nulo respeto a los derechos de los inmigrantes, por lo que la inmigración irregular a ellos es difícil. Europa, sin embargo, no sólo está cerca sino que sus posibilidades de actuación contra la inmigración irregular están muy limitadas por su propia normativa sobre los derechos de los extranjeros. Y, dentro de Europa, España tiene una posición muy vulnerable ante la inmigración irregular, por su mayor cercanía, porque su control depende en buena medida de la colaboración de Marruecos con quien España mantiene varios contenciosos, y porque el estatus de los inmigrantes irregulares en España, a diferencia de lo que ocurre en Italia o en cualquier otro país europeo, les permite el acceso a importantes bienes sociales, como la atención médica gratuita en las mismas condiciones que los españoles. En esta situación, la reducción sustancial de la llegada de inmigrantes subsaharianos conseguida por España en los últimos dos años, a cambio de inversiones en los países de tránsito, podría no sostenerse a largo plazo y hacer necesarias nuevas y más costosas iniciativas diplomáticas.

BIBLIOGRAFÍA

- ADEPOJU, ADERANTI: «*Trends in international migration in and from Africa*». In D.S. Massey, & J.E. Taylor (eds.), «*International Migration Prospects and Policies in a Global Market*». Oxford: Oxford University Press, 2004.
- ADEPOJU, ADERANTI: «*Internal and international migration within Africa*» en P.D. Kok, J. Gelderblom, J. Oucho & J. van Zyl (eds.), «*Migration in South and southern Africa: Dynamics and determinants*», Cape Town: Human Sciences Research Council, 2006.
- ADEPOJU, A. VAN NAERSEN T. AND ZOOMERS A.: «*International Migration and National Development in sub-Saharan Africa. Viewpoints and Policy Initiatives in the Countries of Origin*», Brill, 2007.

- ALVEAR TRENOR, BEATRIZ: «*Flujos migratorios actuales en África Subsahariana: predominio de la migración intra-africana sobre la extra-africana*», DT Real Instituto Elcano, n.º 50, 2008.
- BAKEWELL, OLIVER AND HEIN DE HAAS: «*African Migrations: continuities, discontinuities and recent transformations*» en Patrick Chabal, Ulf Engel and Leo de Haan (eds.) «*African Alternatives*». Leiden: Brill, 2007.
- BLACK, RICHARD: «*Migration and Pro-Poor Policy in Africa*», Sussex Centre for Migration Research, Working Paper, November 2004.
- CRUSH, J., WILLIAMS V., y PEBERDY S.: «*Migration in Southern Africa*». Global Commission on International Migration. 2005. <http://www.gcim.org/attachements/RS7.pdf>.
- DE HAAS, HEIN: «*The myth of invasion. Irregular migration from West Africa to the Maghreb and the European Union*», International Migration Institute research report, 2007.
- MADDISON, ANGUS: «*The World Economy, Historical Statistics*», OCDE, 2003.
- MARTÍN RUIZ, JUAN FRANCISCO: «*La pauta poblacional de África: los desiguales niveles de la transición demográfica*». *Estudios Geográficos*, LXVIII, 2007.
- DIVISIÓN DE POBLACIÓN, NNUU: «*Previsiones demográficas mundiales. Revisión de 2006*». Nueva York 2007.
- PLIEZ, OLIVIER: «*Géopolitique des migrations en Libye depuis les années 1970*» <http://www.geostrategie.ens.fr/geopolitique/2005/Pliez.pdf>, 2005.
- PÉREZ MESA, JUAN CARLOS y VALENCIANO, JAIME: «*Una descripción general del crecimiento económico en el África sub-sahariana*», Boletín Económico del ICE, n.º 2836, 2005.
- PNUD, ONU: «*Human Development Report 2006. Beyond scarcity: Power, poverty and the global water crisis*». <http://hdr.undp.org/en/reports/global/hdr2006/>.
- SPAAN, ERNST AND VAN MOPPES, DAVID: «*African Exodus? Trends and Patterns of International Migration in Sub-Saharan Africa*» <http://www.ru.nl/socgeo/html/files/migration/migration4.pdf>, 2006.
- WORLD BANK: «*HIV/AIDS Regional Update, Africa*» <http://web.worldbank.org/> 2008.
- UNECA (United Nations Economic Commission for Africa) «*Migrations Internationales et développement: Implications pour l'Afrique*» <http://www.uneca.org/publications> 2006.